

Eso no está en el orden de las cosas—dijo.—Yo no soy un necio. Sólo los necios pueden creer esas cosas.

Graham se enfadó ante la seguridad del viejo.

—Que sea usted necio ó no—dijo,—está usted equivocado en lo tocante al durmiente.

—¿Eh?

—Que está usted equivocado. No se lo he dicho á usted antes, pero se lo digo ahora. Está usted equivocado.

—¿Qué sabe usted? Me ha dicho usted que no conocía nada... ni siquiera las Ciudades de Placer.

Graham hizo una pausa.

—Usted no sabe—continuó el viejo,—ni es posible... Muy pocos hombres

—Soy el durmiente.

Tuvo que repetirlo.

Hubo una breve pausa.

—Es una imprudencia decir eso, señor; dispénsame usted. Le pudiera acarrear disgustos en estas circunstancias—dijo el viejo.

Graham, ligeramente confuso, repitió la afirmación.

—Decía que soy el durmiente. Hace muchos... todos esos años, que caí en el letargo, en un pueblecito... en aquellos días en que había setas, y pueblos, y mesones, y toda la campiña estaba dividida en pequeñas parcelas. ¿No ha oído usted hablar nunca de aquellos días? Y soy yo... yo que he hablado á usted... el que despertó hace cuatro días.

—¿Hace cuatro días... el durmiente! Ellos se llevaron al durmiente. Se lo llevaron y no le dejarían irse. ¡Qué disparate! Hasta ahora había estado usted hablando con bastante cordura. Lo veo desde aquí como si estuviera con ellos. Lincoln á su lado sin apartarse un momento de él; no le permitirán que de cuatro pasos solo. Créame usted. Es usted un extraño sujeto. Uno de esos bromistas impertinentes. Ahora comprendo por qué ha estado hablando tan extrañamente, pero...

Se detuvo bruscamente y Graham pudo ver su gesto.

—¿Como si Ostrog permitiese que el durmiente se le marchase á callejear por ahí! No; ha dado usted con un hombre á propósito. ¡Cómo si yo fuese á creerlo!

¿Qué pretende usted? Y además, hemos estado hablando del durmiente.

Graham se puso de pie.

—Oigame usted—dijo.—Soy el durmiente.

—¿Qué salida—dijo el viejo,—la de venir á refugiarse en la oscuridad, para decir embustes de ese género! Pero...

La exasperación de Graham se trocó en risa.

—¿Esto es absurdo!—exclamó.—¡Absurdo! Es necesario que el sueño termine. Se hace más violento y más violento. Aquí estoy... en esta maldida oscuridad... un anacronismo durante doscientos años, y tratando de persuadir á un viejo loco que soy yo, y entretanto... ¡Uff!...

Echó á andar irritado. El viejo le siguió inmediatamente.

—¿Eh!... ¡pero no se marche usted!—gritaba.—¡Soy un viejo loco, ya lo sé! No se marche usted. No me deje usted solo en esta oscuridad.

Graham vaciló, se detuvo. Súbitamente pasó por su mente la estupidez de ir diciendo sus secretos.

—No he tenido intención de ofenderle á usted... de dudar—dijo el viejo aproximándose.—Lejos de mi semejante pensamiento. ¡Llámele usted el durmiente si eso le place! Sólo que es un poco imprudente...

Graham vaciló, volvió de pronto la espalda, y continuó su camino.

Durante un rato oyó la persecución del viejo, y su cascada voz fué haciéndose menos perceptible, hasta que las sombras le ocultaron y Graham no le volvió á ver más.

## CAPITULO XII

### OSTROG

Graham podía ya ver una línea más clara de su posición. Durante largo tiempo, sin embargo, su mente

siguió confusa, pero después de su conversación con aquel viejo, el descubrimiento de Ostrog estaba claro en su mente como la final inevitable decisión. Una cosa era evidente; que los que estaban en los principales distritos de la revolución, habían conseguido admirablemente su objeto de tener secreta su desaparición. Pero á cada momento esperaba oír la nueva de su muerte ó de su captura por el Consejo.

De pronto un hombre se encaró con él.

—¿Ha oído usted?—preguntó.

—¡No!—dijo Graham sobresaltado.

—¡Cerca de una docenada—dijo el intruso;—una docenada de hombres!

Y se alejó corriendo.

Un grupo de hombres y mujeres pasó en la oscuridad gesticulando y gritando:

—¡Capitulados!

—¡Derribados!

—¡Una docenada de hombres!

—¡Dos docenadas de hombres!

—¡Ostrog, hurra!

Los gritos fueron alejándose, haciéndose indistintos.

Otros grupos siguieron á éste, gritando también. Por un momento su atención se absorbió en los fragmentos de diálogo que oía. Le ocurrió la duda de si hablaban inglés. Llegaban palabras hasta él, palabras semejantes á las del dialecto negro, un chapurrado extravagante. No se atrevió á interrogar á nadie. La impresión que le dejó la gente, estaba en completo desacuerdo con sus prejuicios acerca de la lucha y confirmaba la fe del viejo en Ostrog. Con mucha lentitud pudo inclinarse á creer que aquellas gentes estaban regocijándose en la derrota del Consejo, que el Consejo que le había perseguido con tal poder y vigor, era después de todo el más débil de los dos lados del conflicto. Y si esto era así ¿en qué le afectaría á él? Muchas veces había vacilado en el lindero de las preguntas fundamentales. Una de las veces siguió durante largo trecho á un hombrecillo de obeso contorno, pero no se atrevió á interrogarle.

Pasado mucho tiempo se le ocurrió que pudiera pre-

guntar por la dirección de las Regiones Altas, cualquiera cosa que aquellas oficinas pudiesen ser. Su primera investigación le envió sencillamente en dirección á Westminster. Su segunda le llevó al descubrimiento de un atajo, en el cual se encontró bien pronto desorientado. Se le ocurrió dejar los caminos por donde había transitado hasta entonces—no conociendo otros medios de tránsito—é internarse por una de las escaleras centrales, en la oscuridad de una encrucijada. Allí le ocurrieron algunas triviales aventuras; la principal, el ambiguo encuentro con una invisible criatura de voz ronca, que se expresaba en un extraño dialecto, que le pareció á Graham en el primer momento, un idioma extranjero, un espeso torrente de palabras, de origen inglés seguramente, pero aglomeradas de un modo extraño. Después se aproximó otra voz, la voz de una muchacha cantando «tralalá, tralalá». Le habló á Graham en un inglés parecido al anterior. Pretendía haber perdido á su hermana, tropezó con él á propósito, se asió á su brazo y se echó á reír. Pero él con palabras de recriminación la envió de nuevo á las tinieblas.

Aumentaban los sonidos en torno suyo. Gente que tropezaba pasó por su lado hablando con excitación.

—¡Se han rendido!

—¡El Consejo! ¡Seguramente no!

—Así lo andan diciendo por las calles.

El pasaje parecía ensancharse. De pronto llegó á la boca. Se encontró en un ancho espacio, y la gente discurría á lo lejos. Preguntó por su camino á una figura indistinta.

—A través, todo derecho—dijo una voz de mujer.

Dejó la pared que le servía de guía, y un momento después tropezaba con una mesita llena de objetos de cristal. Los ojos de Graham, hechós ya á la oscuridad divisaron una larga línea de mesitas á cada lado. Acercóse. En una ó dos de las mesas oyó ruido de loza y el sonido de alguien masticando. Había personas lo bastante frescas para comer, ó lo bastante osadas para regalarse á pesar de la convulsión social y la oscuridad. Muy lejana y elevada vió bien pronto una luz pálida de forma

semicircular. Al aproximarse, una valla negra levantóse, ocultándola. Tropezó en un escalón y se encontró en una galería. Oyó sollozar, y notó que dos niñas estaban acurrucadas junto á la barandilla. Las niñas guardaron silencio al oír sus pasos. Trató de consolarlas pero no se movieron mientras estuvo á su lado. Al alejarse, las oyó sollozar de nuevo.

De pronto encontróse al pie de una escalera; y próximo á un espacio abierto. Vió una confusa media luz en la parte superior y salió de la oscuridad á otra calle de vías movibles. A lo largo de ésta un desordenado enjambre de gente que marchaba gritando. Iban cantando fragmentos del himno de la revolución, la mayoría fuera de tono. Aquí y allá resplandecían antorchas creando breves y temblonas sombras. Preguntó en su camino y por dos veces no pudo comprender la respuesta. A la tercera tentativa fué más afortunado. Estaba á dos millas de las oficinas de Westminster, pero el camino era fácil de seguir.

Cuando por último se aproximó al distrito de la dirección de las Regiones Altas, parecióle, por las aclamantes procesiones á lo largo de las vías, por el regocijo tumultuario, y finalmente por la iluminación de la ciudad, que la derrota del Consejo debía ser un hecho. Y hasta ahora no habían llegado á sus oídos noticias de su desaparición.

La reiluminación de la ciudad se hizo súbitamente. De pronto quedó deslumbrado, viendo á su alrededor gente á quien sucedía lo mismo; el mundo parecía incandescente. La luz le encontró junto á la gente que llenaba las vías próximas á la dirección, y la sensación de visibilidad y exposición que surgió con la luz, hicieron que su vago deseo de reunirse con Ostrog se convirtiese en profunda ansiedad.

Por un breve rato fué rechazado, empujado, echado de un lado á otro por aquel gentío ronco y fatigado á fuerza de aclamar su nombre, algunos vendados y llenos de sangre derramada por su causa.

La fachada de las oficinas estaba iluminada por una movable pintura, pero no pudo ver lo que representaba, porque á pesar de sus frecuentes tentativas, lo denso de

la multitud le impedía aproximarse. Por lo que oyó decir en torno suyo, sacando en claro algo del dialecto, juzgó que era una noticia ilustrada de la lucha en la Casa del Consejo. La ignorancia y la indecisión le hacían lento é irresoluto en sus movimientos. Por un gran rato no podía concebir cómo llegaría á la puerta de aquella casa. Atravesó lentamente por medio de las masas, hasta que se dió cuenta de que las escaleras de la vía central le conducirían al interior del edificio. Esto le marcó un objeto, pero antes de llegar á la faja central, la multitud era tan densa, que habría pasado largo tiempo. Y aun allí se encontró obstruído, y tuvo una hora de discusión con los guardias y pasó largo tiempo antes de que pudiera enviar un recado al hombre que le deseaba allí entre todos los hombres. Su historia causó risas burlonas en un punto, y prevenido por esto, cuando por fin llegó á una nueva escalera, pretextó traer importantes noticias para Ostrog. Aquellas noticias no podía decirlas. Tomaron la esquila que les dió con visible repugnancia. Esperó un gran rato en un pequeño aposento, al pie del ascensor, y por fin vió llegar á Lincoln, lleno de excusas, asombrado. Se detuvo en el umbral, examinando á Graham y luego corrió hacia él efusivamente.

—¡Sí!—gritó.—¡Es usted! ¡No está usted muerto!

Graham dió una breve explicación.

—Mi hermano está esperando—dijo Lincoln.—Esta solo en las oficinas. Temíamos que le hubiesen matado á usted en el teatro. Dudaba... y las cosas urgen á pesar de lo que les estaba usted diciendo... si no hubiese venido al momento...

Les subió el ascensor, cruzaron un estrecho pasillo, atravesaron un vasto patio, en el que sólo dos mensajeros caminaban presurosos, y entraron en un salón relativamente pequeño cuyo único mobiliario consistía en un largo diván y un gran disco oval de un gris velado, suspendido por cables de la pared. Allí Lincoln dejó á Graham unos momentos, y el durmiente observó, sin comprenderlo, las cambiantes y brumosas formas que desfilaban lentamente por el disco.

Su atención fué distraída por un sonido que comenzó

súbitamente. Era el clamoreo, el frenético clamoreo de una inmensa pero remotísima multitud, una rugiente exclamación. Terminó tan secamente como había empezado, como un sonido oído entre el abrir y cerrar de una puerta. En el salón contiguo se oían pasos precipitados y un melodioso tintineo como si los eslabones de una cadena, girasen en torno de una rueda dentada.

Después oyó una voz de mujer; el crujido de una falda.

—Es Ostrog—la oyó decir.

Una campanilla sonó vibrante, y luego todo quedó en silencio.

Bien pronto voces, pisadas y movimientos dentro. Las pisadas de una persona se destacaron de entre los demás rumores, pisadas firmes y mesuradas. La cortina se separó lentamente. Un hombre alto, de pelo cano, vistiendo ropajes de seda color crema, apareció, mirando á Graham por debajo de su brazo levantado.

Por un momento la blanca forma permaneció sosteniendo la cortina, después la dejó caer y adelantó un paso. La primera impresión de Graham fué la de una frente anchurosa, ojos de un azul pálido, hundidos bajo unos blancos párpados, nariz aguileña, y boca resuelta, de duras líneas. Las arrugas sobre los ojos, la caída de la comisura de los labios, estaba en contradicción con el erguido continente, y delataban la vejez. Graham levantóse instintivamente, y por un momento los dos hombres permanecieron en silencio, mirándose el uno al otro.

—¿Es usted Ostrog?—dijo Graham.

—Yo soy Ostrog.

—¿El Jorobado?

—Así me llaman.

Graham sintió la inconveniencia del silencio.

—Primeramente, supongo... he de darle las gracias por mi liberación—dijo.

—Temíamos que hubiese usted muerto—dijo Ostrog.—O sido enviado á dormir otra vez... para siempre jamás. Hemos hecho lo posible para guardar el secreto... el secreto de su desaparición. ¿Dónde ha estado usted? ¿Cómo ha llegado usted aquí?

Graham lo explicó brevemente.

Ostrog escuchó en silencio. Luego sonrió ligeramente.

—¿Sabe usted lo que estaba haciendo cuando me han anunciado su llegada de usted?

—¿Quién adivina?

—Pues preparaba su doble.

—¿Mi doble!

—Un hombre tan parecido á usted como fuese posible encontrarle. Ibamos á hipnotizarle, á salvarle de la necesidad de obrar. La cosa se imponía. El todo de esta revolución depende del convencimiento de que está usted despierto, vivo, y con nosotros. En este momento una gran multitud se aglomera en el teatro pidiendo verle á usted. No tienen entera confianza. Usted, naturalmente, comprenderá... algo de su posición!

—Muy poco—dijo Graham.

—Pues es parecido á esto.—Ostrog dió un paseo por la estancia y se detuvo de nuevo.—Usted es absoluto propietario—dijo,—de más de medio mundo. Como consecuencia de esto, de hecho, es usted rey. Sus poderes están limitados por varios intrincados modos, pero es usted la primera figura, el símbolo popular de Gobierno. Ese Consejo Blanco, el Consejo de Fideicomisarios, como se le llama...

—He oído vagas nociones de eso...

—Me extraña.

—Topé con un viejo ganoso de hablar.

—Comprendo... Nuestras masas... la palabra es de los tiempos de usted... naturalmente, ya sabrá usted que aun tenemos masas... le miran á usted como nuestro actual gobernante. Lo mismo que gran número de personas miraban en tiempo de usted á la Corona. Las masas estaban descontentas... en todo el mundo... con el gobierno de los representantes de usted. En su mayoría es el eterno descontento, la antigua lucha del gobernado contra el gobernante... la miseria del trabajo y la represión. Pero el Consejo gobernaba mal. En ciertas materias, en la administración de las Compañías del Trabajo, por ejemplo, se ha conducido indiscretamente. Han desperdiciado oportunidades sin cuento. Los del partido popular ya nos

agitábamos por reformas... cuando ocurrió su despertar. ¡Ocurrió! A ser obra nuestra no hubiera podido llegar con más oportunidad—sonrió.—El espíritu popular, sin tener en cuenta los años de letargo, acariciaba ya la idea de despertarle á usted y apelar á usted y... ¡zas!

Indicó la explosión con un gesto y Graham movió la cabeza en señal de inteligencia.

—El Consejo desbarró... disputó... como siempre. No sabían qué hacer con usted. Ya sabe usted cómo le apasionaron.

—Ya sé... ya sé. Y bien... ¿vencemos?

—Vencemos. Vencemos indisputablemente. Hemos triunfado esta noche, en cinco horas escasamente. La conflagración ha sido tan repentina como general. Todo lo hemos arrollado. Las gentes de la región alta, la Compañía del Trabajo, con sus millones, rebasaron los límites. Está en nuestro poder el depósito de las aeropilas.

Hizo una pausa.

—Sí—dijo Graham—sospechando que aeropila significaba máquina volante.

—Esto naturalmente era esencial. De otro modo hubieran podido volverse contra nosotros. Toda la ciudad se ha levantado... quizás el tercio de sus habitantes. Toda la ropa azul, todos los servicios públicos, excepto unos pocos aeronautas y sobre la mitad de la policía roja. Usted fué rescatado, y su propia policía, la que defendía los caminos, ha sido destrozada... muertos ó desarmados. Londres es nuestro. La Casa del Consejo se defiende aún.

La mitad de los fieles al Consejo de la policía roja, han quedado exterminados en su loca tentativa de capturarle á usted de nuevo. El Consejo perdió la cabeza al perderle á usted. Realmente ha sido una noche de triunfo. La estrella de usted resplandece en todas partes. Hace veinticuatro horas, el Consejo Blanco mandaba como lo venía haciendo durante una gruesa de años, siglo y medio, y luego, tan sólo con cuatro palabras al oído, y un secreto reparto de armas aquí y acullá, de pronto... ¡Así!

—Soy muy ignorante—dijo Graham.—Supongo... no comprendo claramente las condiciones de esta lucha. ¡Si

usted pudiera explicarme! ¡Dónde está el Consejo! ¡Dónde se lucha ahora!

Ostrog atravesó la estancia; algo sonó, y de pronto, todo quedó á oscuras, salvo un resplandor oval, en la pared. Por un momento quedó Graham perplejo.

Después vió que el disco gris tomaba profundidad y color, apareciendo como una ventana oval, dando á una extraña escena.

A la primera ojeada no pudo sospechar lo que esta escena pudiera ser. Estaba alumbrada por la luz del día, la luz de un día de invierno, gris y clara. A través del cuadro, y á la mitad del fondo, según le pareció, entre él y la perspectiva más lejana, un grueso cable de alambres retorcidos caía verticalmente. Después se percató de que las grandes aspas que veía, los anchos intervalos, los abismos de oscuridad, eran semejantes á los que había visto cuando su fuga por los tejados. Distinguió una ordenada fila de figuras rojas que cruzaban un abierto espacio entre filas de hombres vestidos de negro, y comprendió, antes de que Ostrog hablase, que estaba contemplando la superficie superior del moderno Londres. La nieve de las noches anteriores había desaparecido. Pensó que aquel espejo era alguna moderna substitución á la cámara oscura, pero esta materia no le fué explicada. Observó que aun cuando la fila de figuras rojas marchaba de izquierda á derecha, esto no obstante, desaparecían en el disco por la izquierda. Se admiró de pronto y después vió que la imagen pasaba lentamente, á manera de los panoramas, á través del disco.

—Pronto verá usted la lucha—dijo Ostrog.—Como usted comprenderá esos individuos de uniforme rojo son prisioneros. La escena se desarrolla en el tejado de Londres. Calles y plazas están cubiertas. Las hendiduras y agujeros de su tiempo han desaparecido.

Algo fuera de foco cubrió la mitad de la imagen. Su forma hacía pensar en la figura de un hombre. Vióse un reflejo metálico, un relámpago, algo pasó por el óvalo como el párpado pasa por el ojo, y la imagen se ofreció clara otra vez. Y ahora Graham contempló cierto número de hombres corriendo entre los molinos de vien-

to, apuntando armas de las que se elevaban pequeños copos de humo. Se iban replegando cada vez en mayor número hacia la derecha, gesticulando, quizás gritando, aun cuando el espejo no dijese nada de esto. Ellos y los molinos de viento pasaron lentamente por el campo del espejo.

—Ahora viene la Casa del Consejo—dijo Ostrog—y lentamente una valla negra fué apareciendo y atrajo la atención de Graham. Pronto no fué una valla, sino una cavidad, un gran espacio oscuro entre los apiñados edificios, y de él se levantaban espesas espirales de humo en aquella pálida atmósfera. Grandes masas, estribos y traviesas, se destacaban en aquella cavernosa oscuridad. Y sobre estos vestigios de un lugar espléndido, un enjambre de diminutas figuras se encaramaba, saltaba, se aglomeraba.

—Esta es la Casa del Consejo—dijo Ostrog;—su última trinchera. Y los necios gastan su último esfuerzo ahí hasta que la casa les caiga encima. ¿Oyó usted la explosión? No dejó un cristal sano en la ciudad.

Y mientras él hablaba, Graham vió que detrás de esta área de minas, cerniéndose sobre ellas, y dominándolas á gran altura, se levantaba una multilada masa de blanca edificación. Esta masa había quedado aislada por la destrucción de los alrededores. Negras cavidades marcaban los pasajes que el desastre había separado del resto; vastos salones habían quedado al descubierto, y la decoración interior se mostraba lastimosamente en el crepúsculo invernal, y de las paredes agrietadas pendían festones de cables cortados, y retorcidas traviesas y cornisales. Y en medio de todo esto se movían manchas encarnadas, los rojos defensores del Consejo. A intervalos débiles resplandores iluminaban las plumizas sombras. En la primera vista, pareció á Graham que un ataque contra el blanco edificio estaba llevándose á cabo, pero después notó que los sublevados no avanzaban, sino que, guardados entre el colosal armazón que circundaba este último, como baluarte de los del uniforme rojo, evitaban el espantoso fuego que se les hacía.

¡Y no hacía aún diez horas, él, había estado debatido

del ventilador, en un pequeño aposento, en aquel remoto edificio, preguntándose lo que ocurría en el mundo!

Observando más atentamente aquel bélico episodio que pasaba lentamente por el centro del espejo, Graham vió que el blanco edificio estaba rodeado de ruinas por todas partes, y Ostrog le explicó con frase concisa que sus defensores habían buscado, por este medio de destrucción, el reservarse contra un ataque. Habló de la pérdida de los hombres que la explosión había ocasionado, con tono indiferente. Indicóle un impresionado depósito mortuario entre las ruinas. Le señaló ambulancias que discurrían semejante á un hormiguero, á lo largo de un ruinoso trayecto que pocas horas antes fuera una animada calle de vías movibles. Tomó especial interés en hacerle ver las partes de la Casa del Consejo, la distribución de los sitiadores. Al poco rato, el conflicto civil que había estremecido á Londres, no era ya un secreto para Graham. No era una sublevación tumultuosa lo que había ocurrido aquella noche, sino un golpe de estado, admirablemente preparado. El puñado de detalles que le contó Ostrog eran asombrosos; parecía conocer aún el incidente más insignificante entre aquellas manchas rojas negras que se movían en medio de las ruinas.

Extendió el brazo hacia la luminosa pintura y mostró el aposento de donde Graham había huído, y, á lo largo del techo, el trayecto recorrido en la fuga. Graham reconoció la sima á lo largo de la cual corría el canalón, y los molinos de viento, debajo de los que se había agazapado ocultándose de la máquina volante. El resto del camino había desaparecido con la explosión. Volvió nuevo los ojos á la Casa del Consejo, y ya estaba metido en un oculto, y á la derecha, una ladera, con una porción de cúpulas y torrecillas, brumosa, confusa y distante, iba apareciendo.

—¿Y verdaderamente el Consejo ha caído?—preguntó.

—Verdaderamente—respondió Ostrog.

—Y yo... ¿Realmente soy?...

—El amo del mundo.

—Pero esa bandera blanca...

—Es la bandera del Consejo... la bandera del Go-

bierno universal. Caerá. La lucha toca á su término. El ataque al teatro fué su último y frenético esfuerzo. No cuentan más que con unos mil hombres, y éstos, no todos, afectan. Tienen pocas municiones. Y estamos haciendo renacer las antiguas artes militares. Nos pertrechamos de fusiles.

—Pero... pueden socorrerles. ¿Es esta capital el mundo?

—De hecho, esto es todo lo que les ha quedado de su imperio. Fuera, las ciudades, ó han seguido nuestro movimiento, ó esperan el desenlace. Su repentino despertar sumió al Consejo en gran perplejidad, paralizándolo.

—¿Pero no tiene el Consejo máquinas volantes? ¿Por qué no las utiliza en la lucha?

—Sí que tienen. Pero la mayor parte de los aeronautas están á nuestro lado. No han querido correr el riesgo de luchar abiertamente en nuestro favor, pero tampoco querían luchar contra nosotros. Estábamos en inteligencia con ellos. En cuanto se supo que usted había desaparecido, los que le perseguían á usted flojearon. Nosotros matamos al policía que hizo fuego sobre usted... hace una hora. Al propio tiempo, habíamos ocupado las estaciones volantes en tantas poblaciones como nos ha sido posible, deteniendo y capturando así los aeroplanos, y en cuanto á los pequeños aparatos que se elevaron—pues algunos lo han efectuado—les reservábamos una acogida demasiado categórica, para que se atreviesen á aproximarse á la Casa del Consejo. Al descender, no hubieran podido elevarse ya, pues no tienen allí bastante espacio para la salida. Muchos los hemos destrozado, otros han descendido, entregándose, y los más han desaparecido buscando refugio en alguna ciudad lejana. Muchos de los aeronautas se daban por contentos cayendo prisioneros y librándose así de todo daño. Residir en una máquina volante no es una cosa agradable. No es probable que el Consejo lo intente. Sus horas están contadas.

Se echó á reír, y volvióse hacia el óvalo de nuevo para señalar á Graham lo que llamaba estaciones volantes. Aun las cuatro que estaban más próximas se veían confusas y remotas, oscurecidas por una bruma material

Pero Graham pudo apreciar que eran vastísimas construcciones, aun jugadas con referencia á las cosas que las rodeaban.

Y luego, cuando aquellas confusas formas desaparecieron por la izquierda, se presentó nuevamente la vista del espacio abierto por donde habían desfilado los prisioneros del uniforme rojo. Y después las negras minas, y otra vez la mansión blanca del sitiado Consejo. La lucha permanecía todavía en suspenso, pero los defensores no hacían ya fuego.

Así, en una tenebrosa quietud, el hombre del siglo XIX vió la escena final de la gran revolución, el inminente establecimiento de su gobierno. Con cierto dejo de alarmante descubrimiento, cercioróse de que aquel era su mundo, y no el otro que había dejado atrás; que este no era un espectáculo para olvidarlo después de visto; que en este mundo estaban, en cuanto durase su vida, sus deberes y peligros y responsabilidades. Volvióse he hizo nuevas preguntas. Ostrog empezó á contestarlas, pero de pronto dijo:

—Estas cosas las explicaré más tarde con más amplitud. Ahora existen... deberes. El pueblo, por los caminos movibles, viene hacia aquí... los mercados y el teatro están de bote en bote. Ha llegado usted á tiempo. Quieren verle á usted. Y en el extranjero, las gentes piden lo mismo. París, Nueva York, Chicago, Deuver, Caprí... miles de ciudades están en pleno tumulto, indecisas, deseando aclamarle. Cada año aseguraban que había despertado usted, y ahora que ha sucedido, apenas si lo quieren creer...

—Pero seguramente... Yo no puedo ir...

Ostrog contestó del otro lado del salón, y las imágenes palidieron en el disco oval, al iluminarse de nuevo la estancia.

—Tenemos kinetotele-fotógrafos—dijo.—Al saludar usted desde aquí al pueblo... en todo el mundo, miriadas de miriadas de ciudadanos agrupados en oscuros y silenciosos salones, le verán á usted perfectamente. De blanco y negro, naturalmente... no así. Y usted oirá sus aclamaciones.

Y además, existe un aparato óptico que emplearemos—continuó Ostrog;—lo usan los pantomimos y bailarines. Será nuevo para usted. Usted se expone á una brillante luz, y el espectador ve, no su ser, sino una imagen suya proyectada en una pantalla... tan clara, que desde la más remota galería, sería posible contarle los pelos de la barba.

Graham aventuró una pregunta que se revolvía en su mente.

—¿Cuál es la población de Londres?

—Más de treinta y tres millones.

Las cifras fueron más allá de la imaginación de Graham.

—Será preciso que diga usted algo—continuó Ostrog.—No lo que ustedes llamaban un discurso, sino lo que la gente ahora llama una «palabra», una frase, seis ó siete palabras. Algo formal. Si yo me atreviese á indicar... «He despertado y mi corazón está con vosotros». Eso es precisamente lo que se necesita.

—¿Cómo ha dicho usted?—preguntó Graham.

—«He despertado y mi corazón está con vosotros». Y salude usted... salude regamente. Pero hemos de ver esas ropas negras... pues el negro es su color. ¿Tiene usted inconveniente? Y después cada cual se irá á sus quehaceres.

Graham vaciló.

—Me entrego á sus manos—dijo.

Ostrog era claramente de esta opinión. Pensó un momento, levantó la cortina, y dió breves órdenes á invisibles subalternos. Casi inmediatamente, un manto negro, el hermano gemelo del manto negro que Graham había abandonado en el teatro, fué traído. Y, al echárselo sobre los hombros, de la habitación contigua llegó el sonido de un campanilleo. Ostrog volvióse para interrogar al subalterno, después pareció cambiar súbitamente de idea, apartó la cortina y desapareció.

Por un momento Graham permaneció, con el respetuoso recién llegado, escuchando los pasos de Ostrog. Oyóse un murmullo de preguntas y respuestas y de pasos precipitados. La cortina fué apartada y reapareció Ostrog,

teniendo resplandeciente su macizo rostro. Cruzó la estancia de dos zancadas, cortó la luz, asió á Graham por el brazo y señaló al espejo.

—¡Mire usted!—dijo.

Graham vió su dedo índice, negro y colosal, sobre la reflejada Casa del Consejo. En el primer momento no comprendió. Y después vió que el asta donde había ondeado la bandera blanca, estaba desnuda.

—¿Quiere usted decir?...—empezó.

—El Consejo ha capitulado. Su poder ha concluído para siempre. ¡Vea usted!—y Ostrog señaló un lienzo negro que subía á lo largo del asta, y que bien pronto se desplegó al viento.

El óvalo apareció al apartar Lincoln la cortina.

—Se impacientan—dijo.

Ostrog continuó asido al brazo de Graham.

—Hemos levantado al pueblo—dijo;—le hemos dado armas. Por hoy, cuando menos, su voluntad es ley.

Lincoln sostuvo la cortina para que pasasen Graham y Ostrog...

En su trayecto á los mercados, Graham entrevió un aposento largo y estrecho, en donde, muchos hombres, con el universal traje azul, conducía ciertas cerradas cosas, como camillas, y otros hombres, vistiendo el púrpura de la profesión, iban de aquí para allá. De este aposento salían gemidos y lamentos. Tuvo la impresión de una cama vacía, ensangrentada, y de otras donde yacían hombres vendados.

El clamor de la multitud se iba aproximando, hasta convertirse en un rugido. Y después, un ondular de estandartes negros, de vestidos azules y andrajos oscuros, y el enjambre humano arrollándose en las cercanías del teatro se presentó á su vista. Al fin entraron en el gran teatro donde habían hecho su primera aparición, el gran teatro que había visto como un foco de luz y tinieblas en su fuga de la policía roja. Esta vez penetró por una galería que dominaba el escenario. El local estaba brillantemente iluminado. Buscó con la vista la pasarela por donde había escapado, pero no pudo distinguirla entre la multitud apiñada; ni pudo ver los asientos destrozados,



ni los destripados almohadones, ni otros vestigios de la lucha, por lo denso de la concurrencia. Excepto el escenario lo demás era un mar de cabezas. Mirando hacia abajo, el efecto era un área de puntos rosados, cada punto un inmóvil semblante vuelto hacia él. Al aparecer con Ostrog, el vocerío se extinguió, cesaron los cantos, un interés común calmó y unificó el desórden. Todos los ojos estaban clavados en un punto.

### CAPITULO XIII

#### EL FIN DEL ANTIGUO RÉGIMEN

Según pudo Graham juzgar, era cerca de mediodía cuando se arrió la bandera blanca del Consejo. Pero habían de transcurrir algunas horas antes de que fuese posible efectuar la formal capitulación, y así, después que hubo pronunciado su «palabra», retiróse á sus nuevas habitaciones en las oficinas de las Regiones Altas. La continua excitación de las últimas doce horas le había dejado atrozmente fatigado y aunque su curiosidad quedó en reposo; durante un cierto lapso permaneció inerte, con los ojos abiertos, y durmió durante otro lapso. Fué reanimado por dos facultativos y se le preparó un estimulante para poder hacer frente á nuevas excitaciones. Después que hubo tomado los preparados y disfrutado de un baño frío, sintió una rápida vuelta al interés y la energía, y bien pronto estuvo en disposición de acompañar á Ostrog á una excursión de muchas millas (así parecía) á través de pasajes, ascensores y vías movibles, hasta llegar á presenciar la última escena del Consejo Blanco.

Se encaminaron desviadamente á través de una masa de edificios. Llegaron por último á un pasaje que daba á una extensión oblonga, y á lo lejos la silueta de la ruinosa Casa del Consejo. Un tumulto de gritos remontó hasta ellos. Momentos después llegaban á un saliente de

los edificios que dominaban aquella escena de desolación. El cuadro que se presentó á los ojos de Graham, no era menos extraño y admirable después de la remota perspectiva que de él había visto Graham en el espejo oval.

Aquel vasto espacio, en forma de anfiteatro, parecía alcanzar cerca de una milla hasta su límite más extremo. A mano izquierda aparecía con luz dorada, recibiendo el sol de plano, y debajo y á la derecha, claro y fresco en la sombra. Sobre la sombreada Casa del Consejo que se elevaba en medio, la gran bandera negra de la capitulación flameaba todavía ligeramente contra el resplandor del ocaso. Muchos salones, patios y pasajes se abrían al descubierto extrañamente; rotas masas de metal se proyectaban desmayadamente del complicado armazón, vastas masas de cables pendían como jarcias de un buque desarbolado, y de su base subía un rumor de innumerables voces, violentos golpes y sonos de trompetas. Todo, alrededor de aquella blanca pila, era un vasto círculo de desolación; las derrumbadas y ennegrecidas masas, los sólidos basamentos y ruinosos armazones de la fábrica que había sido destruída por orden del Consejo, esqueletos de envigado, titánicos lienzos de pared, bosques de robustas pilastras. Entre las sombrías ruinas, al pie, se deslizaban hilos de agua, que serpenteaban centelleando, y más lejos caía sobre la vasta masa de escombros, un chorro de agua de más de doscientos piés de altura, formando una rumorosa cascada. Y por todos lados, la multitud aglomerada.

Donde quiera que hubiese un espacio ó lugar transitable, el pueblo hormigueaba, un pueblo diminuto, empequeñecido pero claro, excepto donde la luz poniente los tocaba con su reflejo de oro. Se encaramaban por las vacilantes paredes, se apiñaban en torno de las aisladas pilastras. Surcaban la perifería del círculo ruinoso. El aire repercutía sus gritos, y la masa se precipitaba hacia el espacio central.

Sobre los pisos superiores de la Casa del Consejo no se veía un ser humano; aquello parecía desierto. Sólo la flácida bandera de la capitulación pendía pesadamente contra la luz. Graham vió tan sólo unos cuantos cadáve-